

Generación de cobardes

Por Luciano Cuadra W.

En 1936 el General Anastasio Somoza García se encontraba en una carrera contra el tiempo y contra los partidos tradicionales pues anhelaba ocupar la primera magistratura de la nación. El principal obstáculo lo presentaba la Constitución de la República y lo hacía por partida doble. Primero por ser pariente del presidente Juan Bautista Sacasa y segundo por ser militar activo.

Conociendo Somoza el impedimento constitucional, decide maniobrar habilmente para lograr el cambio tan necesitado, mientras intenta confundir o intimidar a los dirigentes de los partidos Conservador y Liberal; para esto, invita a las directivas de ambas organizaciones a discutir “los beneficios de las reformas” a la Carta Magna. Paralelamente, organiza “grupos de apoyo” o turbas, para reforzar sus ambiciones e intimidar a sus adversarios incitando a huelgas o disturbios ante la vista y paciencia de las autoridades. En una carta que envía a los partidos, los somocistas aseguraban que deseaban: “renovar la estructura política del Estado para

organizarla con tendencias modernas...” de lograr las reformas, Somoza prometía “estabilidad social y política”. Ante tanta insistencia y manipulación de Somoza, las cúpulas de los partidos históricos deciden aunar esfuerzos para presentar un sólo frente y una sola boleta presidencial contra la ambición del futuro dictador culminando con la presentación de Don Leonardo Argüello como candidato. Pero debido a la falta de entendimiento y decisión entre Liberales y Conservadores, conjugado con el proceder ambiguo del presidente Sacasa. Somoza García ejecuta un Golpe de Estado el 31 de mayo de 1936 que obliga a Sacasa a salir al exilio. Empieza así, para Somoza García, y para el pueblo de Nicaragua, una carrera dictatorial que duraría 43 años. Quizá podamos encontrar mucha similitud entre lo acontecido hace 71 años y el momento político que se vive en los últimos tiempos cuando el Presidente Ortega pretende “reformular” la Constitución de la República con el concurso de un sector de la oposición

y cambiar el sistema político. El acoso del partido frentista en favor de esos cambios, invita a la unificación de las fuerzas opositoras, tal como sucedió en 1936. Incluso existe similitud en el lenguaje que usa la nomenclatura del FSLN con el que se predica sobre la “modernización del Estado” y la “estabilidad política”. La habilidad del primer Somoza logró confundir y hasta convencer en algunas ocasiones a sus adversarios, consiguiendo que ambos partidos titubearan. Lo mismo parece repetirse. Las bancadas opositoras no se ponen de acuerdo para frenar el hostigamiento y las amenazas empapadas con engaño que surgen del círculo que rodea al presidente Ortega.

Al renunciar Sacasa, no fue Somoza quien asumió la presidencia. Se puso al Dr. Carlos Brenes Jarquín para que “le hiciera el turno” mientras el afinaba los últimos toques. No deberá sorprendernos si el otrora comandante efectúa la misma jugada también realizada por Somoza Debayle en varias ocasiones para engañar y distraer.

A la culminación de aquel sainete, el periodista e intelectual Alejandro Cuadra reflexionaba en un artículo en LA PRENSA de la época, sobre los momentos históricos vividos y la actitud asumida por la población. Cuadra escribió: “Una generación que no ha tenido un sólo gesto que valga la pena recordarlo.

Vean ustedes lo que aquí pasa. Todos bajan la cabeza dando su aceptación con un fatalismo oriental. Fue una generación sin ideales. Por eso fue cobarde.”

Dos dictaduras más tarde, los nicaragüenses nos encontramos nuevamente en una encrucijada ante la amenaza de los partidos pactistas que pretenden una insultante reforma al sistema político de la nación para perpetuarse en el poder. De nosotros, los que continuamos viviendo en el exilio, también depende si aceptamos que nuestros hijos, nietos y sus descendientes nos recuerden ante la historia como una generación de cobardes.